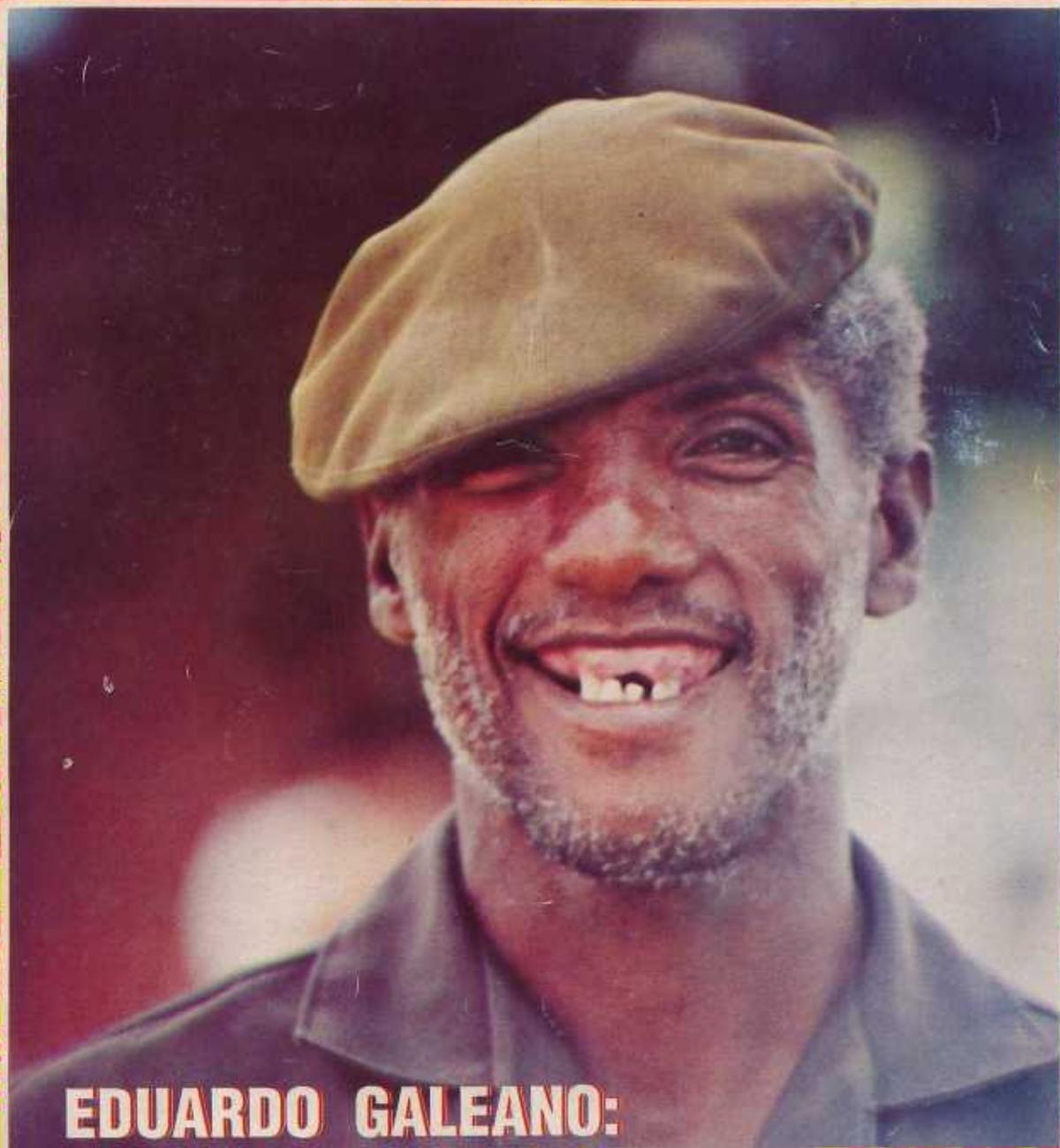


este país

Año V, N°28 2ª época Panamá Mayo - Junio 1990 Precio 25 reales

- La invasión: Operación perfecta 4
- El Chorrillo 8
- Coyuntura Nacional 18
- Empleados públicos 25
- García Marquez 37
- Japón y EE.UU. en Panamá 39
- Nuevas aventuras del Buaysito 44



EDUARDO GALEANO:
CAMINOS PARA SALIR

DEL ENREDO

El adentro y el tiempo de las mujeres

MARCELA LAGARDE

Todo en este mundo es caracterizado y valorizado como femenino o masculino. Y desde esa perspectiva todo lo que es concebido como vital, ya sea de la vida o de la muerte, es identificado con la mujer y con la feminidad.

El espacio interior de cada individuo, su mundo interno, sus emociones y sus reflexiones más profundas, hasta los sueños y las fantasías, pertenecen al ámbito femenino, de manera análoga a los espacios interiores de la sociedad y del universo.

El espacio de vida de las mujeres es interior. Es el adentro, y el adentro es a la vez su espacio de recogimiento y cautiverio.

Adentro, por el encierro de las mujeres en la reproducción, que deriva de las tareas sociales y culturales atribuidas a su cuerpo y a su subjetividad. Adentro, además, por los espacios físicos y sociales en los cuales la mujer transcurre.

El adentro de las mujeres existe simultáneo a la vida exterior de los hombres. Ellos tienen el adentro sólo como espacio para reproducirse: acuden a él a alistarse para el mundo de afuera, espacio vital en el cual se realizan.

Adentro y afuera: mundos distintos y separados, privado y público, interior y exterior, son realidades construídas en torno a la profunda división de la sociedad, de la cultura y de la vida de los seres humanos basada en la adscripción genérica que segrega. El principio rector de esta división en compartimentos estancos sólo en apariencia, es que permite la reproducción de las diferencias genéricas no intercambiables: ser hombre es no ser mujer y ser mujer es no ser hombre.

El adentro subjetivo de la mujer corresponde a su existencia para otros arraigada en el encierro de tal manera, que incluso su interior no se construye sobre algo propio. Su contenido son siempre los otros. Los otros en primer término, antes que ella misma, lo cual da un carácter opresivo a su identidad, a la percepción y a la vivencia de sí misma.

El ser de la mujer se constituye sobre lo que lo otro y los otros necesitan de ella. Así, la familia y la pareja son para las mujeres espacios vitales - emocionales, intelectuales y eróticos, de carácter cerrado y exclusivo. En ellos, la mujer debe satisfacer sus necesidades y expectativas de manera que no le sea necesario, y no le está permitido, trascenderlos en la búsqueda de otras relaciones, de otras fuentes de satisfacción, de posibilidades de realización más allá de la sobrevivencia.

El espacio-territorio de la mujer es la casa. En ella la mujer permanece encerrada por y en su trabajo, en su mundo, por las normas y el poder que le impiden salir. Casa y mujer conforman, así, la unidad simbólica indisoluble mujer-casa, unidad en la cual no se sabe dónde comienza una y dónde acaba la otra. Es tal la identidad entre una y otra que la feminidad implica que no haya mujer sin casa ni casa sin mujer.

De ahí la aspiración femenina y social y los enormes esfuerzos de las mujeres por obtener su propia casa (su marido, sus hijos), así como las dificultades que enfrentan las mujeres si no los consiguen. La inexistencia de la casa significa (además de frustración personal y fracaso social) feminidad incompleta. De ahí también la problemática de quienes viven sin mujer, carentes del sujeto estructurador de los mundos interiores, materiales y subjetivos.

Como síntesis de su modo de vida, la subjetividad de las mujeres corresponde al adentro. Es una subjetividad de la reproducción que debe dirigirse fundamentalmente a repro-

ducirla. La subjetividad masculina se construye también sobre el adentro como soporte, pero sobre éste se superpone el afuera como expresión de la búsqueda y de la creatividad para desenvolverse en lo diverso con los demás y no para las demás.

El verbo de las mujeres es esperar: su esencia social es la espera y su actitud vital en esa espera es la esperanza.

Hombres y mujeres son diferentes sexual y genéricamente. Conforman por eso culturas diferentes de acuerdo con esa vivencia histórica del género. De ahí que sus tiempos no son iguales. El tiempo del hombre tiene como esencia el hacer, su dimensión es la trascendencia de la muerte en la realización protagónica de la vida. El hombre define el tiempo social y construye el futuro.

El contenido del tiempo patriarcal de las mujeres es la permanente repetición de sí mismas; es la repetición de los tiempos de todas las mujeres, indiferenciado en cuanto a su concreción particular. La esencia del tiempo de las mujeres es la espera de la repetición de un devenir inmanente, determinado fuera de la mujer y atribuído a su propio cuerpo, a su propia naturaleza. Es la repetición infinita de lo idéntico: el ciclo de vida que realiza a través del cuerpo y de una subjetividad cautivos, de una sexualidad cosificada (procreadora o erótica) y de la sujeción a los hombres y a los poderes mundanos y sagrados.

Para las mujeres el futuro no tiene existencia si no es en los otros. Así, el tiempo de las mujeres es un pasado que se reitera, se reafirma y reproduce a su vez al tiempo muerto.

Como el adentro es eje de su identidad, a las mujeres las define el tiempo de la recurrencia, de la repetición, de lo ya vivido por los otros y de lo que otros vivirán. Es un tiempo sin sorpresas. Es la dimensión del no-hacer: todo se rehace y con ello trae la certidumbre, la confirmación, de que el devenir es natural. Es un tiempo cíclico.

La ideología que homologa a la mujer con la naturaleza encuentra en la relación de los hombres con la tierra el modelo explicativo de todo lo que es y acontece a la mujer. Así, el tiempo de las mujeres emana de su cuerpo, de sus ciclos, que se proyectan como impronta en sus vidas. No así su trabajo innombrado. Ellas viven un tiempo de reiteraciones, sin futuro distinto, como una dimensión vital cerrada. Sin embargo, la inmutabilidad de sus existencias no proviene de sus cuerpos, de sus ciclos o del ciclo lunar, sino de la repetición social y cultural, de la falta de cambios e innovaciones radicales; sobre todo, de la reiterada división genérica del mundo.

La mayoría de las mujeres han hecho o vivido lo más importante de su vida antes de los 25 años y es en esencia lo mismo que hicieron sus madres, sus abuelas, sus bisabuelas, todas las mujeres. El tiempo de su ciclo vital está anclado en el cuerpo-para-otros y produce siempre lo mismo. La vida humana, hecho desmerecido de toda humanidad, de todo esfuerzo creador e inteligencia. Dar la vida una y otra vez es un hecho natural definido desde la ideología de la feminidad, debido a la fuerza de la naturaleza encarnada en la mujer. Lo trascendente de sus propias vidas les es otorgado siempre por lo ajeno: los hombres, los hijos, el matrimonio, la familia.

La vida de las mujeres y su tiempo, cuyo futuro es conocido y no una incógnita a develar por medio de la creación, carece de futuro histórico. Por eso se asimila a las mujeres en la



De la autora:

Mujer mexicana, joven, ojos vivaces, sonrisa a flor de labios y poseedora de una personalidad que transmite buenas vibraciones. Cuando habla su voz pausada y dulce nos comparte sus certezas y esperanzas.

Certezas construidas a través de sus vivencias y de muchos años de investigación y docencia feminista.

Fiel a su género, nos introduce a través de sus análisis hacia el mundo interior de la Mujer, un mundo de cautiverio, de sueños y de esperanzas. Nos detalla y da sustancia a conceptos a veces tan ligeramente utilizados: mundo público, mundo privado, poder, subjetividad femenina, subordinación.

Marcela Lagarde es fundadora de los Talleres de Antropología de la Mujer y de Sexualidad y Cultura de la Universidad Autónoma de Puebla, así como en la Escuela Nacional de Antropología e Historia de la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente maestra e investigadora en la Universidad Autónoma Metropolitana.

A través de sus talleres ha sembrado esperanzas y luces para la lucha feminista en su país. Para las que tuvimos el mes pasado la oportunidad de conocerla en el Taller Mujer, Poder y Liderazgo, en Quito, Ecuador, nos pareció importante compartir su experiencia en nuestros respectivos países. Así pues, a través de "ESTE PAIS", que intenta reflejar la dinámica de los sujetos sociales latinoamericanos y en especial de Panamá; queremos compartir a Marcela Lagarde y sus certezas, certezas que no sólo hablan de la mujer mejicana, sino de la Mujer latinoamericana, de nosotras. Queremos resaltar a través de sus ideas nuestra búsqueda eterna de igualdad y rebeldías, búsqueda que parte por encontrarnos a nosotras mismas y enfrentar nuestros cautiverios. El texto presenta extractos del último libro de Marcela Lagarde, "Antropología de los cautiverios de las mujeres - madresposas, monjas, putas, presas y locas" por publicar próximamente por la UNAM, México. (Mariela Arce)

ideología de su naturaleza con otras formas de vida que se desenvuelven mediante un destino prefijado genéticamente. De ahí la identificación mujer-naturaleza.

La anulación del futuro para las mujeres se sustenta en la impotencia aprendida para crear, y en el hecho de estar constreñidas a la reproducción de los otros.

En esta dimensión ontológica, el pensamiento de las mujeres se limita a la reproducción: su vida es la repetición permanente del símbolo de la mujer misma. Esta definición se convierte en real obstáculo personal ya que es imposible que cada una pueda construirse a imagen del estereotipo: unas más que otras, todas se encuentran con el vacío de una doble incompletud: La derivada su no ser hombre —paradigma patriarcal de lo humano—, de sus carencias humanas, y la que se debe a sus carencias en relación con la mujer simbólica, igualmente patriarcal.

Las mujeres están cautivas en varios sentidos: Porque carecen de la libertad que tienen los hombres.

Porque en ese cautiverio, los hombres, supuestos pares de las mujeres, ejercen su poder como dominio sobre ellas.

Porque en su servidumbre voluntaria otorgan consenso a su opresión a partir de la cultura y de la ideología que las constriñe a mirar el mundo con un consentimiento que se afirma como aprobación y defensa vital del cautiverio.

Tal servidumbre implica ese consentimiento a la opresión presente en todas las relaciones de dominación que sujetan a los individuos y a los grupos. Sin ese consentimiento no habría ejercicio de poder con fines de sumisión. Esa servidumbre incluye todo lo que las mujeres son capaces de soportar —humillaciones, sufrimientos, dolor, incluso la muerte—, y de hacer —servir, trabajar para, robar, guerrear, malvivir en la enfermedad y en la miseria, matar y morir—, con tal de obtener el favor de los poderosos.

En la sociedad patriarcal las mujeres están cautivas de un lugar social, de un espacio, de un territorio, es decir, de posibilidades de vivir escasas y limitadas para ellas aunque plenas para pequeños grupos de la sociedad.

Las posibilidades de vida de las mujeres cautivas se estructuran en torno a los elementos siguientes:

El cuerpo vivido es el espacio del cautiverio de la mujer cuya vida gira en torno a su sexualidad para los otros.

Una sexualidad maternal y una vida reproductora organizadas en torno a un cuerpo procreador de otros, como opción positiva.

Una sexualidad erótica y una vida reproductora organizadas en torno a un cuerpo erótico para otros, como opción negativa y, por ello, como servidumbre erótica de las mujeres.

La negación social y simbólica de su trabajo y de sus cualidades creativas como cualidades humanas, es decir, sociales e históricas, no naturales.

La relación de dependencia vital con los hombres y con las instituciones que le aseguran su propia vida y el cumplimiento de sus obligaciones sociales y culturales.

La espera y la fe como actitudes y formas de aprehender el mundo, la magia como método y todo ello como base de su subjetividad.

La impotencia aprendida que les impide actuar y aplicar sus energías vitales y su capacidad creadora para sí mismas.

La renuncia, la entrega, la subordinación y la obediencia como sus cualidades políticas.

Las mujeres están cautivas del poder exterior a ellas que las encanta: lo encuentran en los otros, en la fuerza de las cosas, desde luego en el destino, en la vida. Están cautivas del poder que las enamora y del que tienen envidia: de ese poder al cual se acogen para sobrevivir. Están cautivas de sus afectos y de su cuerpo: evidencias, signos y concreciones de su carencia del poder que, por exclusión y por especialización genéricas, la sociedad les conculca.

Las mujeres están cautivas del miedo a cambiar, porque hacerlo significaría dejar de ser mujeres de la única forma en que deben y saben serlo. Creen, además, que es imposible cambiar, que hay una forma universal de ser mujeres, que siempre ha sido y que siempre será así. En su mundo no hay historia, sino fuerzas extraordinarias dueñas del destino.

Las mujeres somos cautivas de los hombres y de los dioses, de la familia y de cualquier poder social. Estamos prisioneras en el Estado. Nuestro principal carcelero son nuestras necesi-

dades y nuestra conciencia, es decir, nuestra subjetividad, formada, apoyada y reproducida por el conjunto de relaciones y de instituciones económicas, sociales, jurídicas, religiosas, eróticas y políticas, que nos hacen mujeres sólo al cumplir un orden social convertido en orden vital cósmico.

“¿Y qué haremos, madre abadesa, qué haremos?”

“Te diré qué haremos con cuerpo y con caballero. Nuestra pasión será el cuerpo y ejercicio el mundo, y objeto el caballero. Nuestro cuerpo vigoroso daremos al caballero a la noche, mas el cuerpo del caballero tomaremos. El pacto será roto a la ma-

drugada. Diremos: ‘Caballero quiero mi cuerpo para poder continuar mi día’. Te llamarán Amazona. Pero no recorras el mundo hasta el infierno. En el convento amarás al caballero. Y de esto darás testimonio. Y pedirás justicia. En la casa del caballero-marido. Amarás caballero-amante. Y de esto darás testimonio. Y pedirás justicia. Y te darán convento. En el burdel dirás: ‘Tengo fe en el Señor’, y amarás a un caballero. Temblarán los cimientos del convento. Que el caballero corra del convento al burdel, y de allí a su casa, sin encontrarte nunca a tí, fugitiva en tu pasión”.

(María V. Costa y otras: “Nuevas Cartas Portuguesas”. Barcelona, 1976.)



MICROCuento

René Avilés Fabila

Blancanieves

Para Bernardo Ruiz, y para Marco Antonio Campos, con cariño.



Por sólo tres dólares contemple a Blancanieves. Observe su plácida y serena hermosura. Como nadie lo ignora, permanece así después de haber mordido la manzana envenenada que preparó su cruel madrastra. Encontrarla en los bosques de Europa Central y traerla para formar parte de un inusitado espectáculo, no fue tarea sencilla: los siete enanitos que la protegían se negaban a entregar el cuerpo y tuvieron que ser sometidos por la fuerza. Pase, admire su absoluta inmovilidad dentro de su sarcófago de cristal, y por un poco más de dinero, usted podrá darle un beso. Si es afortunado, verá como despierta.

